

abundante lluvia que caía: las calles estaban desiertas y por todas partes reinaba el silencio de la muerte. Su paso era firme, y no cesaba de mirar á los edificios, á las ventanas y á los rostros que habia conocido en su ciudad natal. Al desembocar en la plaza del suplicio, se abrió y cerró de repente una ventana, saliendo de ella un grito de desesperacion que desgarró los aires y los corazones. ¡Adios supremo de una esposa ó de una hija escapada á la vigilancia de la familia para lanzar su alma al moribundo!

Didier se volvió y puso pálido al oír aquel grito, al cual iba á contestar desde la otra vida. En seguida volvió á su oracion mental, subió sin vacilar las gradas del cadalso, separó con la mano al verdugo que queria inútilmente acomodar su cabeza debajo de la cuchilla, se colocó él mismo, y recibió como mártir el golpe que como conspirador habia provocado.

## XXIV.

Con él se desvaneció una conjuracion que la llevaba toda en su cabeza. A pesar de los esfuerzos del general Donnadieu y de los hombres que habian querido dar á la conspiracion de Grenoble la importancia de una revolucion, para achacar el crimen unas veces á Mr. Decazes, otras á Mr. de Talleyrand, y otras al mismo duque de Orleans, ningun indicio vino á justificar estas sospechas en el espacio de treinta años. Las mismas palabras que habia pronunciado Didier en los últimos momentos de su vida, vagas, arrancadas por la fuerza, escuchadas por un solo testigo interesado, é interpretadas por él solo en el sentido de su propia importancia ó de su odio, eran un aviso mas bien que una acusacion. Verdad es que des-

pues de su advenimiento al trono, parecia que el duque de Orleans queria hacer de la causa de Didier su propia causa, confiriendo á su familia los empleos públicos, recompensando á sus cómplices é indemnizando á sus víctimas; pero ya se sabe que las revoluciones consumadas se constituyen casi siempre en herederas de las revoluciones intentadas, por mas que hayan sido estrañas á esas tentativas. El sucesor de los Borbones se veia obligado á aceptar, como derramada por él, cada gota de sangre vertida contra ellos durante su reinado, y la de las veinte y cinco víctimas de Grenoble habia tenido un eco demasiado siniestro para olvidarlo. Lo cierto es que Didier, si hubiera triunfado, causaba inevitablemente un cambio de dinastia, no en favor de un niño preso en Viena, sino en favor de un príncipe maduro, hábil, popular y presente en Francia. Al levantar aquel conspirador la bandera de Grenoble contra el rey, creia lisongear á los partidarios prematuros de la casa de Orleans, y aun servirles y arrastrarlos tal vez, sin querer ellos, á su victoria. El príncipe de Orleans no conspiraba ni daba á nadie el mandato de conspirar por él, esto es evidente; pero las habladurias de la córte, las acusaciones de los partidos, y las enemistades sordas de familia estallaban demasiado cerca de él entre sus amigos y servidores, para que no pareciera responsable de las inducciones que un conspirador oficioso podia sacar de aquellas apariencias. El duque de Orleans, inocente de hecho y de voluntad durante todo el curso de la restauracion, era culpable de situacion, de actitud y de silencio: Didier lo fué de vanagloria buscada en la sangre, Donnadieu de jactancia, Decazes de prontitud en servir al odio de la córte y de la Cámara, haciendo una seña de muerte á los verdugos de Grenoble, el rey de complacencia á su partido y de implacabilidad para con los vencidos que no tenian esperanza de volver á levantarse. Esta trágica intriga desatada por los cadáveres de tantas víctimas, dejó una



mancha indeleble sobre todos aquellos nombres y sobre aquel reinado.

El precio de la cabeza de Didier, pagado á su huesped Balmain y á su delator Sert, no aprovechó á la traicion. Este último, despues de haber recibido los veinte mil francos prometidos, y un empleo en un departamento distante, se vió allí perseguido por la mala fama del vergonzoso tráfico que acababa de hacer, aislado entre la multitud, injuriado en el nombre de sus hijos, obligado á vender á vil precio sus bienes paternos y excluido de todo comercio con los hombres y aun con Dios, cuyos templos se cerraban á su presencia.

La casa de Balmain, huesped infiel y venal, fué marcada con un signo de reprobacion y abandonada por los viajeros. Su muger murió avergonzada de llevar su nombre, y sus hijos dejaron el pueblo; el padre despues de haber mendigado en Paris el precio de la sangre de Didier, perdió la razon al volver á sus montañas; pero sin poder perder el recuerdo de su traicion. El salario de la delacion no aprovecha ni á los que lo ganan, ni á los que lo pagan. Es una ley de Dios que los mismos hombres se encargan de ejecutar.

## XXV.

Apenas habian sido descubiertas las conspiraciones de Grenoble y de Lyon, cuando las sociedades secretas, resentidas por las venganzas implacables con que habian sido castigadas, se pusieron á trabajar con mas ardor para intentar nuevos levantamientos. Un operario de una fábrica de cueros, llamado Plaignier, el escritor público Carbonneau y el cincelador Tolleron, forman el núcleo imaginario de una asociacion de conspiradores, bajo el nombre de *patriotas de 1816*. Espiados por la policia,

que habia ingerido á uno de sus provocadores en sus reuniones, los estimula este agente á intentar el asalto de las Tullerías, haciendo brecha por medio de la explosion de una mina introducida por una alcantarilla que une el rio con el palacio. Se dejó edificar aquella andamiada de perversidad y puerilidades, hasta la altura de un crimen de Estado. Un jurado apasionado, implacable como todos los tribunales de opinion en los tiempos de partido, condenó á los tres primeros fundadores de la reunion á la pena de los parricidas, y á penas infamantes á diez y siete cómplices inferiores, entre los que se contaban varias mugeres. La policia retiró á sus agentes de la causa y no aparecieron en ella mas que los tontos que ella misma habia reclutado. Plaignier, Carbonneau y Tolleron, marcharon á la muerte, cubierto el rostro con un velo negro, como si hubiesen atentado á la vida de sus padres. Antes que la cabeza, les cortaron la mano derecha. El horror que naturalmente debian inspirar aquellos suplicios, por crímenes tan dudosos ó indecisos, acrecentó el odio del pueblo, odio que al comprimirlo lo hizo mas temible y perverso. Las sociedades ocultas se entendieron por medio de signos, de un extremo á otro del reino, y el eco de las condenas contra los generales acusados de complicidad con Bonaparte durante los Cien Dias, añadia nuevas tragedias á aquellas tragedias. El almirante Linois y los generales Debelle y Travot, eran condenados á la pena de muerte. Drouot y Cambonne se salvaban de la misma pena, solo por débil mayoría. El general Chartron era fusilado en la ciudadela de Lila; el general Bonnaire deportado; su ayudante de campo Mielton ejecutado; el general Mouton-Duvernet inmolido en Lyon; los generales Lefebvre-Desnouettes, Rigaud, Gilly, Gruyer, Radet, Drouet d'Erlon, los dos Lallemand, Clausel, Brayer y Ameilh, unos presos, y otros fugitivos, espiaban en persona ó en efígie la pena, casi siempre capital, de su defeccion.



Los procesos de imprenta y los de palabras sediciosas, seguían en todas partes á esas condenaciones ó ejecuciones militares. Los tribunales correccionales rivalizaban en rigor con los jurados criminales y los consejos de guerra. El partido de la córte y de las Cámaras, insaciable de severidad, censuraba por medio de la pluma de sus escritores, la blandura de las represiones y la longanimidad del rey y de sus ministros. No hay tirano mas implacable que una pasión pública. Luis XVIII gemía sin sentirse con fuerzas para contener, y creía rescatar por medio de esos sacrificios hechos á la venganza ó á la seguridad de su trono, la confianza y la dulzura que había recomendado á su familia, y de las que había sido castigado por los bonapartistas en su primer reinado. El duque de Richelieu, exclusivamente atento á emancipar el territorio, obra principal de su ministerio, creía apresurar la evacuación del suelo, mostrando á los extranjeros el reinado actual, vengado en todas partes, temido ú obedecido.

## XXVI.

Mr. Decazes, no obstante sus concesiones á los clamores de la córte del conde de Artois, no desconocía que el gobierno derivaba de su línea é iba á ser arrastrado á los escollos de los gobiernos de partido, y que él sería el primer fragmento que aquella reacción arrebatase. Joven todavía, odiaba aquella córte de la emigración que se había hecho adusta en la soledad del destierro y estaba desorientada en su propio país; hombre nuevo, disgustaba á aquella aristocracia antigua, á quien el hábito de rodear al monarca hacia considerar el poder como una propiedad de su rango; favorito del rey, inquietaba á la familia real sobre las concesiones de principios y de au-

toridad que inspiraba á aquel príncipe. Mr. Decazes era á los ojos de la córte del conde de Artois un Neker rejuvenecido que volvía á empezar despues de las catástrofes revolucionarias las connivencias con la opinión pública que las habían precipitado. La separación de Mr. de Vaublanc, ministro declarado de la facción del conde de Artois y su testigo en el consejo, hacia ya aquellas antipatías contra Mr. Decazes casi irreconciliables. Aquella facción, sorda pero turbulenta, afectaba por decoro de situación la lealtad mas escésiva á Luis XVIII, pero tenía sus manejos ocultos en el palacio, su partido en la Cámara, sus juntas en las provincias, sus ramificaciones en los consejos de los soberanos extranjeros, y sus órganos mas ó menos autorizados en el periodismo. La creciente irritación de la prensa realista, de la mayoría de la Cámara y de los pares, hacia esperar á aquella facción intestina que en la próxima vuelta de los diputados á Paris llegaría á dominar ella sola el Consejo, escluir á los hombres nuevos, reemplazarlos con sus agentes mas fanáticos, y arrastrar al rey á un rompimiento formal con el espíritu nuevo. Sin embargo, la necesidad que hay en toda forma de gobierno constitucional de seducir la opinión antes de domarla y sacar de cierta popularidad la fuerza de someter al pueblo, obligaba á los hombres mas hábiles de aquel partido á afectar en favor de las constituciones representativas un celo real en los unos, y engañoso en los otros, que daba al partido realista exagerado una apariencia de liberalismo celoso. Mr. de Chateaubriand se distinguía por su talento en este nuevo partido. En un código del realismo, dogmático y sentimental á la vez, titulado la *Monarquía segun la Carta*, se esforzaba aquel grande escritor, con tanta habilidad como talento, en conciliar la monarquía y la libertad, y tanto en este libro como en diferentes improvisaciones que publicaba en los periódicos de la córte, llegó á hacerse el publicista elocuente de la monarquía de tres brazos, calca-



da sobre la Constitución británica y sobre el tipo de las ideas de Mirabeau en 1789. El espíritu, resucitado de la asamblea constituyente, parecía revivir en él y en sus amigos y se creía leer en sus páginas los discursos que en aquella asamblea habían pronunciado los Clermont-Tonnerre, los Mounier, los Cazalés y los Maury. Los tres poderes, que se contrapesaban imaginariamente el uno con el otro, se sostenían, al soplo de Mr. Chateaubriand, en un equilibrio cuyos elementos, reales en Inglaterra, habían desaparecido en Francia. No había ya entre nosotros mas que una monarquía de costumbre y una inmensa democracia de hecho. De este modo las ideas de Mr. de Chateaubriand tendían á reconstruir lo imposible, es decir, un poder constitucional, aristocrático y hereditario, en una nobleza que ya no admitían la igualdad de los patrimonios y la supresión del feudalismo. Este era el error de Mr. de Chateaubriand y de su escuela. La repugnancia orgánica de la nación al restablecimiento de una casta privilegiada, hacía sospechosas al partido liberal las proposiciones de aquel escritor; pero cuando se consentía en pasar sobre aquella impracticabilidad radical de su sistema, se escuchaban y repetían con complacencia los hermosos acentos de generosidad y de libertad que vivificaban sus escritos. Su nacimiento, que le afiliaba á la alta aristocracia; sus elegías cristianas, que le habían convertido hacia doce años en el *Jeremías* de la Iglesia; su estilo, que le popularizaba en todas las imaginaciones vivas y sensibles; su odio contra Napoleón y contra su despotismo, de que se había hecho otro *Tácito*; su adoración á los Borbones, prenda de seguridad para los realistas; su ambición tanto mas activa hoy cuanto que había sido mas aplazada é impaciente en el último reinado, hacían á Mr. de Chateaubriand el hombre á la vez mas necesario y peligroso para la nueva monarquía. Descontento del rey, que no apreciaba lo bastante sus servicios; adicto, pero sospechoso, al conde de Artois, que quería servido-

res mas dóciles, é inquietaba alternativamente á las dos influencias que se disputaban el palacio. Constitucional con el rey, realista exagerado con su hermano, sin romper completamente con el uno ni con el otro, respetando en apariencia á Mr. de Richelieu y á Mr. Lainé, pero persiguiendo ya en Mr. Decazes al favorito que meditaba derribar.

## XXVII.

El rey y Mr. Decazes eran demasiado previsores para no ver en el partido exaltado y retrógrado de la corte y de la Cámara, los síntomas de la tempestad que se formaba contra ellos; así es que buscaban contrapesos naturales en los hombres aliados de corazón ó de ambición á la monarquía, pero á quienes los antecedentes hacían incompatibles con el renacimiento del antiguo régimen. La mayor parte, hombres de gobierno mas que de principios, pertenecientes por sus nombres á la vieja monarquía, adictos al imperio en el período de su prosperidad, pero que fueron los primeros en separarse de él á su caída; que en 1814 volvieron á adherirse á la familia de los Borbones, apartándose de los negocios, ó vacilando en 1815, aproximándose otra vez al trono cuando le vieron levantado, solicitando la amistad de Mr. Decazes por semejanza de antecedentes desde que este joven príncipe poseía el corazón del monarca y abrigándose bajo esta influencia para subir los escalones rotos de su fortuna política; los señores Pasquier, Molé, Barante, Monnier, Villémain y Angles, los unos ya gastados en las vicisitudes de los gobiernos y moderados por cansancio, los otros todavía jóvenes y moderados por la reflexión; estos hombres, casi todos notables por sus talentos ó por sus esperanzas, eran el núcleo de un partido intermedio destinado á estenderse y crecer mucho, porque se colocaba don-



de se colocaba el mismo rey y donde va la multitud después de las revoluciones, esto es, entre todos los partidos, ofreciendo á los unos seguridad, á los otros satisfacción y prendas á todos. Un hombre superior á ellos por los años y por la autoridad, Mr. Royer-Collard, filósofo y político á la vez, los cubria con el misterio de sus concepciones, con la dignidad de su vida y con el prestigio de sus aforismos. El era el Sieyes concentrado y silencioso de aquel partido naciente. Toda religion necesita un oráculo, y Mr. Royer-Collard era el oráculo todavía indeciso de aquella secta activa y equívoca que se debía llamar mas adelante de los *doctrinarios*.

## XXVIII.

Mr. Decazes, que tenia necesidad de formar un partido personal al rey, prestó oídos á los consejos de aquellos hombres y se rodeó de ellos para fortificar su propia situacion. De las conferencias y conversaciones de estos consejeros tomó la idea y la audacia del golpe de Estado á que queria inducir al rey.

Cuatro ministros, Richelieu, Lainé, Decazes y Corvetto, convencidos de que las riendas del gobierno serian arrancadas de las manos del rey sino evitaban la apertura de la Cámara, tomaron la resolucion atrevida de disolverla antes de que hubiese hecho una ley de eleccion, y apelar al país sobre la exageracion y violencia de sus representantes. El rey, á quien ante todas cosas era preciso arrastrar á esta resolucion tempestuosa, vaciló algunos dias; pero después entró él mismo en esta conspiracion contra sus amigos esclusivos. El secreto de este golpe de Estado, fielmente guardado entre algunos hombres, estalló el 3 de setiembre en la noche, sin que los colegas de los ministros y sin que el mismo hermano del rey hu-

bieran presentado el golpe que los heria. A la mañana del dia siguiente se leyó en los papeles públicos el decreto del rey, que confirmando cada vez mas su libertad de reinar por la Carta disolvía la Cámara de 1815 y convocaba para el 4 de octubre á los electores.

El rey, que queria evitar las reconvencciones de su hermano sobre un secreto y un acto tan agresivo contra él, habia encargado al duque de Richelieu que fuera á comunicarle el decreto antes de la hora en que debiera publicarse. El conde de Artois recibió esta comunicacion como hubiera recibido el golpe de muerte á la monarquía; profetizó la ruina del trono, privadó ya de sus verdaderos apoyos; vió en Luis XVIII otro Luis XVI, abriendo la brecha y franqueando él mismo el camino á sus enemigos. En fin, su cólera y sus gemidos resonaron en el palacio. Sus amigos se atrevieron á acusar de traicion en voz alta á Mr. Decazes. La duquesa de Angulema no quiso recibir á los ministros de su tío; pero el duque, mas reflexivo que su padre y mas moderado que su muger, se entregó sin repugnancia y sin murmurar á la prudencia del rey. El duque de Berry, á quien su juventud y su aficion á la carrera militar proporcionaban el roce y trato íntimo con los jóvenes oficiales del imperio, y que en el seno de la confianza afectaba sumo desprecio á las viejas supersticiones del antiguo régimen, exclamó que el rey habia hecho bien en sacudir el yugo intolerable de una Cámara tan servil como revoltosa. El partido de la córte se irritó y exasperó hasta la demencia, y entretanto la opinion pública, cansada ya de las agitaciones y de los furoros de la representacion que ella habia nombrado el año anterior, respondió al golpe de Estado del 3 de setiembre con un grito unánime de alegría. A escepcion de los partidarios esclusivos del trono, la Francia entera se hizo realista en un solo dia. El país parecia haber reconquistado á su rey y el rey á su país.

El ministerio triunfante fué atacado inmediatamente



por Mr. de Chateaubriand en uno de sus folletos. El rey le distituyó de su título de ministro de Estado, conservándole sus pensiones, y de este modo quedó abierta la lucha entre el gobierno y los realistas. Mr. de Richelieu, que queria emancipar al rey de sus amigos, recomendó á los agentes de la administración que no escluyesen de las candidaturas para la Cámara sino á los hombres rebeldes á las sabias inspiraciones del rey; pero que descartaran de ellas enérgicamente á los revolucionarios y á los bonapartistas. Mr. Lainé usó el propio lenguaje en sus instrucciones, y el mismo rey habló como padre á los presidentes de los colegios electorales que venian á tomar sus órdenes antes de marchar á las provincias. «Decid á los franceses, que un anciano es quien les pide que hagan felices sus últimos dias con el espectáculo de la reconciliacion y de la ventura de sus hijos.» Inspiradas por este espíritu las elecciones, ratificaron en mayoría el golpe de Estado del 5 de setiembre, escluyendo á los diputados iracundos del partido retrógado y aumentando la fuerza del partido del rey y de la moderacion. El mismo Mr. de Vitrolles, alma de los consejos del conde de Artois, fué repudiado por los electores; lo mismo sucedió con Mr. Laborie, satélite bullicioso de Mr. de Chateaubriand, con Mr. de Sesmaisons, con Mr. de Belhisy y con Monsieur de Polignac. Casi todos los hombres que se habian denunciado á sí mismos á la opinion en la última legislatura, bien con sus mociones de venganza, bien con sus aspiraciones al restablecimiento del antiguo régimen, ó por medio de intrigas sordas dentro de palacio, fueron reprobados por su celo, por sus sistemas ó por sus maquinaciones. La nacion se declaró por sí misma y por el rey, contra los excesos del realismo y contra las agitaciones revolucionarias. Oradores eminentes por el recuerdo de su moderacion y de sus talentos durante las fases del último régimen, tales como Camilo Jordán, Ravez, amigo de Mr. Lainé, Courvoisier, Mortier, duque de

Trevisa, Chabrol y Jaquinot de Pampelune, reemplazaron á aquellos diputados violentos y vinieron á formar por su número, por su elocuencia y consideracion, ese centro de la nueva representacion, donde el rey, Richelieu, Lainé y Decazes, querian colocarse con la mayoría del pais. Hombres avezados á los negocios, tales como Pasquier, Simeon, Roy y Beugnot, oradores fecundos, se disponian á auxiliarles con todos sus esfuerzos.

Los señores de Villele y Corbiere, agruparon en torno suyo los restos de la Cámara de 1815 moderándolos. Partido de observacion parlamentaria, mas bien que de oposicion, esperaban al parecer los actos del gobierno antes de decidirse á apoyarlos ó á combatirlos.

Algunos hombres mas empapados en los recuerdos de 1789, tales como Camilo Jordán y sus amigos, profesaban la armonía de los principios regeneradores y de la monarquía constitucional.

Dos hombres casi aislados, Laffitte y Argenson, se distinguian por una tendencia mas republicana que imperialista, el primero banquero popular, que gozaba de un crédito fundado sobre su fortuna noblemente prodigada y sobre un espíritu ambicioso de importancia, y Argenson, filósofo y benéfico, que con la inflexibilidad inaplicable de sus sistemas populares, se hacia irreconciliable con todas las oposiciones y con todos los gobiernos.

Al abrir el rey las Cámaras, habló con enternecimiento de las desgracias que sufría su pueblo con la carestía de los granos; de sus negociaciones con el papa para un concordato que respetaria la libertad de las conciencias, al mismo tiempo que se acrecentarian los subsidios del Estado en favor del clero, y en fin, de su firme resolucion de sostener la Carta, tratado de paz, mucho mas importante entre lo pasado y lo presente; en testimonio de esta voluntad enérgica habia dado su golpe de Estado del 5 de setiembre. El primer acto de la asamblea demostró á los realistas exaltados la baja que habia sufrido



su opinión en las votaciones. Los dos individuos que reunieron mas sufragios para la presidencia, fueron Pasquier y Serre: el primero, inspirador confidencial de la disolución de la Cámara de 1845, y el segundo emigrado antiguo, que al cabo de doce años depuso las armas para volver á su patria, y pasó del ejército real á la magistratura, hombre que por la universalidad de sus conocimientos, grandeza de alma y brillante elocuencia, era superior á las parcialidades é intrigas de su época. El rey dió la presidencia á Mr. Pasquier, falta grande de aquel ministerio, pues los antecedentes imperialistas de ese hombre de Estado, el destino de prefecto de policía que por tan largo tiempo desempeñó á las órdenes de Bonaparte y de Savary, y su torpeza en dejarse sorprender y arrestar por tres conspiradores sin mas fuerza que su audacia en la época de la conjuración de Mallet, debían necesariamente hacer recaer sobre él la desconfianza, el resentimiento y los sarcasmos del partido realista en la Cámara. Al designarlo Mr. Decazes para el puesto de la presidencia, pensó mas en su agradecimiento personal, que en la concordia entre el rey y la asamblea. Sin embargo, las dos Cámaras, en su respuesta al discurso del rey, se limitaron á una paráfrasis respetuosa de la voluntad de la Corona, y los realistas, desahuciados por la opinión, se refugiaron en las intrigas ocultas, cuyo foco estaba en el palacio del rey.

## XXIX.

El ministerio presentó una ley electoral, y esta fué la primera reparacion que el rey concedió á las cámaras ofendidas por el golpe de Estado del 5 de setiembre. Por esa ley disfrutaba del derecho electoral todo propietario que pagase trescientos francos de contribucion directa,

pues se habia creído encontrar en este límite preciso de la propiedad el punto central donde la aristocracia y la democracia se aproximaban y confundían lo bastante para espresar á la vez el voto nacional y la responsabilidad material de todo ciudadano sobre la suerte del Estado. Los realistas, por el órgano de Mr. de Villele, pedían la eleccion de dos grados, que mas popular en su base, llegaba á ser mas aristocrática en su cúspide. Mr. Royer-Collard defendió al ministerio, y las elecciones de un solo grado, señalando á las asambleas tumultuosas del pueblo reunido en asamblea primaria, como la causa del derramamiento de sangre en la primera revolucion. Mr. de La Bourdonnaie, orador iracundo é injurioso del ultra-realismo irritado en la asamblea, calificó al ministerio con el título de *Directorio*, modificado con la entrada de monsieur Lainé en el consejo del rey, esperando de este modo humillar á la corona y presentar á los realistas un rey degradado, en un consejo que era mas soberano que él. Dos jóvenes escritores, á quienes faltaba la tribuna, pero que servían con su pluma al ministro, Guizot y Barante, escribieron bajo su inspiracion contra la eleccion de muchos grados, y la ley fué mas bien arrancada que obtenida de la Cámara de los diputados.

En la de los pares, el partido del conde de Artois, Chateaubriand, Fontanes, Polignac y Fitz-James, atacaron en vano esta medida, de acuerdo con Villele, Corbiere y La Bourdonnaie. El mismo rey solicitaba votos en su córte para sus ministros, y si llegó á triunfar fué mas bien por deferencia que por conviccion. La ley fué sancionada. Por ella se constituía una Francia electoral de cien mil propietarios, entre grandes y medianos, que debían reunirse para elegir á sus representantes en la capital del departamento. De este modo se desterraban los patronazgos conservadores y las clientelas locales, se destronaba la consideracion privada para sustituirla con la fama comun, se escluíó al pueblo y se constituía la cá-



bala política. Dos errores que debían producir pronto sus consecuencias: la oposición creciente en las masas y la agitación ambiciosa de las asambleas.

## XXX.

Las acaloradas discusiones sobre la imprenta y la libertad individual, que estaban todavía suspendidas, y la del presupuesto llenaron el resto de la legislatura. A pesar de los esfuerzos de Mr. de Chateaubriand y de Mr. de Fitz-James en la Cámara de los pares, el ministerio triunfó allí en todas las cuestiones, como había triunfado de Villele y La Bourdonnaie en la de los diputados. La Francia, aunque agitada parcialmente todavía por las sediciones que suscitaba la carestía, aspiraba á la calma. En todas partes espiraban las últimas convulsiones del bonapartismo en las conspiraciones sin alma y sin objeto. Solo los realistas exaltados agitaban, no al país, sino á la corte y á los periódicos. Esta calma se turbó momentáneamente en Lyon, á consecuencia de haber estallado una conspiración, á la que el celo y la suspicacia de las autoridades realistas del departamento dieron mas importancia de la que en realidad tenia. El general Canuel, antiguo colega del general Rosignol en las guerras republicanas contra los vendeanos, convertido despues al realismo, y ávido de fama en su nueva causa, mandaba el departamento. Este general no cesaba, por inquietud de ánimo y emulacion de fidelidad, de denunciar al gobierno y al comisario general de policía en Lyon, Mr. de Sainneville, los peligros imaginarios inventados ó aumentados por los espías militares ú oficiosos de su séquito. Mr. de Sainneville, despues de haber saciado algunas veces su furor contra los hombres declarados sospechosos por el general, creyendo asegurado el reposo público,

había marchado á París, dejando por unos cuantos dias la ciudad entregada á la policía militar. Algunos oficiales á medio sueldo de las poblaciones vecinas de Lyon, alistados en una conjuración por un capitán de la legión del Yonne, llamado Ledoux, se conciertan á su voz para sublevar sus cantones y marchar sobre Lyon el 8 de junio. Ledoux les promete la cooperación de parte de las tropas y del pueblo, á cuya cabeza debe él marchar para reunirse con ellos. Algunos de los conjurados esperan en efecto á Ledoux, y admirados de su tardanza y de la soledad de las calles, van á buscarle á su casa; pero como no le encuentran, se ponen á espiar su vuelta. El día se pasa así, y á la caída de la tarde le ven entrar en la ciudad; sigúele con el mayor disimulo; Ledoux entra en la casa del general Canuel, como si fuera á darle algun informe secreto; pero al salir, sospechando sus cómplices que hubiesen sido vendidos por él, le disparan un tiro y lo dejan tendido en el suelo. Al mismo tiempo, el toque de alarma se oye en once villas populosas de las orillas del Saona y del Ródano, reuniéndose inmediatamente cierto número de conjurados, militares antiguos, y grandes turbas de campesinos, creyendo los unos en los rumores de la revolución consumada en Lyon y los otros que la campana los llamaba al incendio. Algunos gendarmes y un corto destacamento de tropas bastaron para dispersarlos sin lucha. La conjuración pueril ó imaginaria se desvaneció con el día. Siete ú ocho oficiales y sargentos licenciados y algunos paisanos, cómplices de aquella conjuración soldadesca, son los únicos culpables de demencia mas bien que de sedición; empero el general Canuel, el prefecto y el *maire* de Lyon, los unos por jaentancia y los otros por credulidad ó por pánico, hacen resonar en toda Francia la fermentación de aquellos pueblos como la esplosion de una revolución verdadera. El ministro cree ó afecta creer en ella, para complacer á sus enemigos, que le acusan ya de indulgencia ó de com-



plidad. Mr. de Sainneville recibe orden de volver á Lyon, donde en vano manifiesta sus dudas sobre la realidad de los peligros conocidos. El prefecto y el *maire* los atestiguan, y trescientos sospechosos son encerrados en los calabozos. El tribunal prebostal se reúne, divide la causa, juzga separadamente á los acusados de la ciudad y de cada pueblo, como para agravar la importancia del crimen con la multiplicidad de los focos de conjuración. Diez cabezas caen sobre el cadalso en la ciudad y once en los pueblos; ciento diez acusados escapan de la pena capital, pero son condenados á la deportación ó á las galeras. Columnas movilizadas de tropas y gendarmes lanzadas á los campos, esparcen por todas partes el terror y la delación, mientras que agentes pérfidos provocan nuevas insurrecciones para tener que prestar otros servicios.

Entretanto el comisario general de policía Mr. de Sainneville, testigo de aquellos sucesos, vuelve á París y los denuncia á los ministros. Una duda siniestra se despierta á su voz en el alma del duque de Richelieu, de Mr. Lainé, de Mr. Decazes y del rey, quienes desearon de investigar la verdad en aquel dédalo de crímenes reales, de crímenes supuestos y de suplicios incesantes, hacen partir para Lyon al mariscal Marmont, investido del título de lugar-teniente del rey en aquellas provincias. El coronel Fabvier, su gefe de Estado mayor, acompaña al mariscal, y la presencia de uno y otro en Lyon hace brotar al fin la verdadera luz sobre aquel enigma de falso celo, de tramas confusas, de temores recíprocos, de policía, de terror é iniquidades. Los acusadores se acusan á sí mismos, los testigos se desmienten, los agentes de doble lengua se descubren, y el fantasma de los supuestos peligros y la importancia de los servicios exagerados se desvanecen. El mariscal Marmont suspende á nombre del rey los procedimientos, todavía pendientes, y las amnistías individuales dulcifican ó anulan las pe-

nas. El prefecto y el general son llamados á París, á donde vuelven también Marmont y Fabvier, no sin dejar amargos resentimientos contra ellos en el alma de los realistas humillados. La conjuración de Lyon, explotada por los dos partidos, y que por espacio de muchos años fué el testamento de acusaciones mútuas, sigue siendo uno de esos misterios de los tiempos agitados, donde la luz no descende jamás hasta el fondo.

## XXXI.

Entretanto el ministerio, separado de toda alianza con el partido opuesto al golpe de Estado del 3 de setiembre, había admitido sucesivamente en el consejo á Mr. Pasquier á la cabeza del ministerio de Justicia, á Mr. Molé al frente de la Marina, y al mariscal Goubion-Saint-Cyr al frente del ejército. Estos hombres, todos tres de capacidades diversas, pero eminentes, fortificaban el consejo del rey, y atestiguaban por parte del joven ministro que los había propuesto á su soberano, un celo exento de envidia por su servicio. Sin duda en aquel momento procuraba Mr. Decazes servir mas bien que dominar, puesto que se daba á sí mismo en sus nuevos colegas, como se había dado en Mr. Lainé, rivales y aun superiores en la dirección de los negocios. Mr. de Serre presidía la Cámara: Guizot, Barante, el duque de Broglie y Villemain, hombres de esperanzas, formaban por diversos títulos en torno del ministro favorito no solamente una familiaridad, sino también una opinión. Versados todos en el estudio de la historia constitucional de Inglaterra, habiendo sentido al nacer el peso humillante del despotismo de Napoleon sobre el pensamiento y la dignidad del alma, estraños todos ó por su nacimiento ó por su juventud, á las supersticiones de la corte del an-